



HISTORIA GENERAL  
**DE FRANCIA**

FOR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 94 y 95.

BARCELONA:

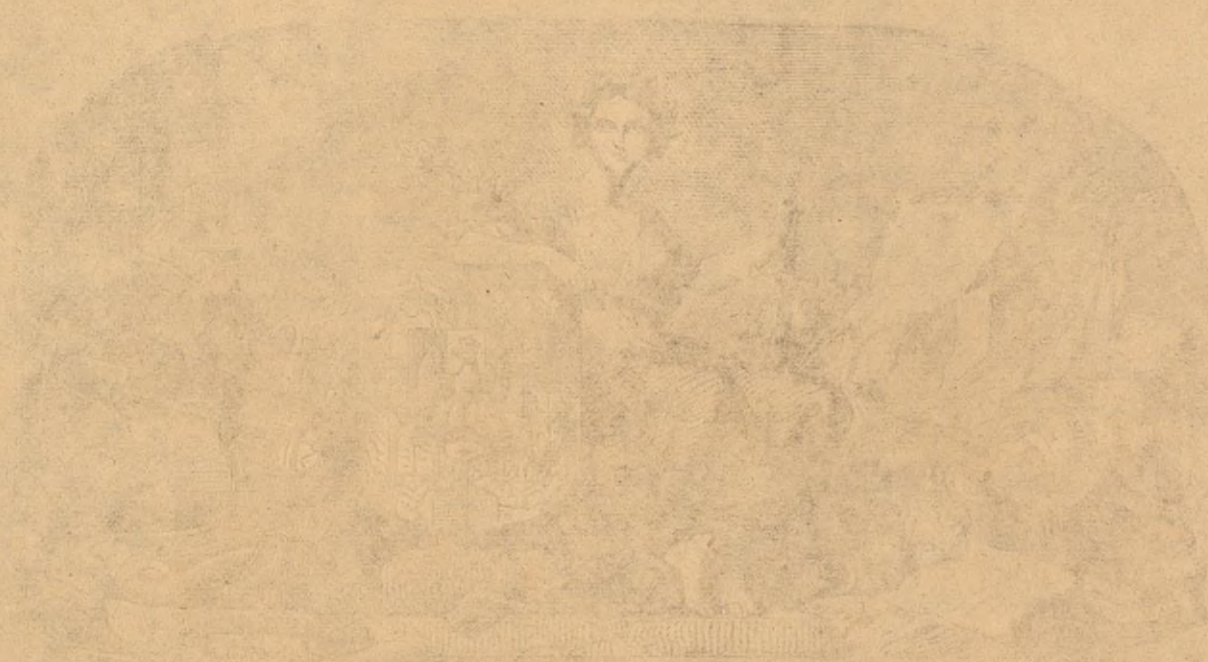
LA ENCICLOPEDIA ILUSTRADA

DE FRANCISCO NACENTE,  
calle de Ausias March, número 7.

LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
calle de Robador, 24 y 26.





HISTORIA GENERAL  
DE FRANCIA

D. VICENTE GIL DE LA HERRERA

París 1788

En la Imprenta de la Calle de San Juan, en el número 10.  
A la venta en la Librería de la Calle de San Juan, en el número 10.  
En la Librería de la Calle de San Juan, en el número 10.  
En la Librería de la Calle de San Juan, en el número 10.



6.—Hasta tal punto habia descendido la marina en Francia desde Francisco I, que el cardenal D'Ossat escribia á Villeroy en 1596: sion no tiene con que defenderse por mar contra los piratas y corsarios y mucho menos contra los otros monarcas.» Tambien hablaba



ENRIQUE IV ATACA Á PARÍS; MAS LO RECHAZAN LOS FRAILES Y LOS HABITANTES.

«Los príncipes menos poderosos de Italia, aun cuando no tengan la mayor parte de ellos mas que una pulgada de mar, tienen galeras en su arsenal marítimo, y un gran reino flanqueado por dos mares en casi toda su esten-

TOMO II.

D'Ossat de la importancia del puerto de Toulon; pero no se hallaba Francia entonces en el caso de emprender las reformas marítimas que le eran menester. Además Sully que tenia algun afecto á la marina miraba con cierta re-



serva el plan de fundar colonias lejanas, porque á su parecer costaban mucho á la metrópoli y daban pocos resultados directos.

Con todo, Enrique tenia formada otra idea mas vasta de las colonias, y así fué que deseando alentar el comercio con la América del Norte que se aumentaba considerablemente, envi    Champlain, hidalgo de Saintonge, quien fundó el año 1604 en el Canadá Port Royal (hoy Ann polis) y mas tarde (1608) Quebec junto al río San Lorenzo. La memoria de ese navegante se conserva por el nombre suyo dado á uno de los lagos mas grandes del Canadá; mas aquella especie de fundacion   colonia fué con el tiempo absorbida por el pueblo del Norte América, sin conservarse mas que el dulce recuerdo de la madre patria.

Enrique IV se propuso tambien fundar una *Compa a* de Indias, que rivalizar pudiera con las de Inglaterra y Holanda; pero las dificultades de su reinado le impidieron poner en práctica tal proyecto que habria dado sin duda gran importancia   la marina francesa. Limit se Enrique   firmar un tratado con Turquía, en virtud del cual todas las naciones cristianas pudiesen comerciar con el Levante bajo la bandera y proteccion de Francia, cuyos cónsules tendrian reconocida jurisdiccion. De ahí que el pabellon francés fuese respetado en las costas berberiscas, en tanto que los de otras naciones fuesen hostilizados c si siempre. Pero las naves francesas tenian que satisfacer gravosos derechos de anclaje en los demás puertos extranjeros, por lo que se ocurrió   Enrique usar del mismo derecho para con la marina de los otros países, sacando de ahí algunos provechos, que quizás no habria obtenido de otro modo, dada la tenacidad con que se disputaban entonces varias naciones el señorío de los m res.

7.—No puede negarse que bajo el reinado de Enrique IV se concibieron en Francia los vastos proyectos de canalizarla de la manera que está hoy; pero ya se comprender  las dificultades imposibles de vencer   la sazón que se opondrían   abrir los grandes y prolongados canales de navegacion y riego de que hoy

se enorgullece la nacion vecina. Content se pues Sully, que era el que mas contribuyó   las mejoras del país, con abrir el canal de Briare, que era imitacion tomada de Italia, y que tenia esclusas de estanques de reserva con los cuales se producian dos vertientes en caso necesario. La longitud de ese canal que arranca del Loira cerca de Briare, es de cincuenta y cinco kilómetros, y su pendiente de 117 metros se detiene en cuarenta esclusas hasta desaguar en el Sena cerca de Moret.

Al propio tiempo se abrieron algunas vías de comunicacion, que se distinguieron en su mayor parte por las líneas de árboles que bordaban aquellos caminos. Sully habia comprendido que un país por f ertil que sea, permanece sumido en la pobreza, si por medio de carreteras y otras vías no se hace fácil la conduccion de productos de una   otra comarca, de uno   otro pueblo, de una   otra nacion.

8.—El ejército habia mejorado muy poco en Francia desde la Edad media hasta el reinado de Francisco I; mas este con la fundacion de las legiones provinciales habia en parte destruido el abuso de las compa as mercenarias que si en tiempo de guerra se vendian á quien mejor las pagaba, en tiempo de paz se convertian en cuadrillas de bandidos que asolando los campos y aldeas y hasta   veces ciudades de alguna importancia, vivian sobre el país. En tiempo de Enrique IV las legiones provinciales fueron organizadas en regimientos mandados por maestros de campo, y Sully los elevó al número de once porque comprendió la ventaja que podria reportar la monarquía de un cuerpo que no dependia sino de la corona. Pero no se abolió el sistema de tomar   sueldo tropas extranjeras que en general servian para formar el núcleo del ejército de operaciones.

No queriendo los nobles servir en otra arma que en la caballería, siguió esta en número exagerado   las otras armas. La guardia militar del rey se componia de hombres distinguidos y en ella no entraban mas que los nobles que se daban á conocer por su bravura y



dignidad. Fué tomando mayor importancia la artillería, porque era el arma que iba progresando mas rápidamente en toda Europa, y su gran maestro fué contado entre los primeros empleados ó ministros de la corona. Prohibióse á todo señor que tuviese cañon alguno en su castillo sin espreso permiso del rey, lo cual impedía que los nobles pudieran fortificarse é imponerse por lo tanto al gobierno: esa era quizás la última trinchera ganada al feudalismo.

Menester era pagar á las tropas asalariadas con regularidad si se queria que se aficionasen al poder que las pagaba, porque entregándoles sumas en tres ó cuatro épocas del año sin dia fijo, se daba lugar á descontentos y al perenne prurito de rebelion que impedía disciplinar y mandar fácilmente á los *soldados*. Por lo tanto Sully consiguió que se les pagara cada mes, y así remedió gran parte de la desmoralizacion que reinaba en los mejores cuerpos del ejército. Tambien se instituyó entonces la superintendencia de las fortificaciones (1558) y la de víveres (1577), que anteriormente seguian al azar y sin regularidad alguna. Así pudo Sully reparar gran número de fortalezas y llenar los arsenales que las guerras civiles habian evacuado.

Enrique IV que se habia criado en la guerra y que siempre habia tenido en grande estima á los soldados, concibió el plan de asegurar un asilo á los desgraciados que ó por su vejez ó por los reveses de las armas quedasen imposibilitados de proveer á su subsistencia despues de haber consagrado los mejores dias de su vida á una profesion tan peligrosa. Pero el hospital de la Caridad que fundó al efecto no le sobrevivió: reservado estaba á Luis XIV realizar magníficamente el plan de Enrique de Navarra.

9.—Enrique IV no era muy aficionado á las bellas artes; pero comprendia el lustre que dan á un reinado los progresos que hacen en su transcurso, y de ahí que poseido de esa idea de magnificencia que caracteriza á muchos monarcas franceses, hizo reunir todos los restos que la decadencia causada por las guerras

civiles habia dejado, y procuró reparar algunos de los monumentos que se habian propuesto eternizar sus antecesores. Mandó trabajar en el castillo de Fontainebleau, cuyo baptisterio se construyó con motivo del nacimiento de Luis XIII que en él fué bautizado. La casa de recreo que Francisco I mandara edificar en San German, tenia todas las apariencias de una fortaleza señorial, mas el castillo que allí mismo hizo edificar Enrique IV y del cual no subsiste mas que un elegante pabellon, presentaba un aspecto mas alegre y pintoresco.

Comenzáronse además otros dos pabellones en las Tullerías y se continuó hasta ese edificio la grande galería del Louvre, pasando á través de las murallas de la ciudad, para que en dias de rebelion ó motin no se encontrara el rey á merced de los sublevados como sucedió con Enrique III. Pero el Bearnés no tuvo tiempo de ver acabada esa gran obra que honra sobre manera á su arquitecto Andronet Ducerceau, quien obedeciendo á una inspiracion del arte siguió en la mayor parte de la galería los primeros planos. Tambien terminó la fachada de las casas consistoriales cuyos fundamentos fueron echados en tiempo de Francisco I, así como el puente Nuevo sobre el Sena, comenzado bajo el dominio de Enrique III.

En 1601 se puso la primera piedra de la Santa Cruz de Orleans y tres años despues la de la plaza Real de París, donde aparece la mezcla del ladrillo con las piedras sillares y la pizarra, que el gusto de los italianos introdujera en la arquitectura. Tambien el pesado y abierto arco reemplazaba á las puertas cuadradas de ángulos redondeados que caracterizaba á los castillos del Renacimiento. La cruz de piedra que se ostentaba en las ventanas iba desapareciendo, para hacer plaza á otras, desnudas, frias de aspecto y no ostentando mas que pesadas y poco esbeltas vidrieras.

Y no solamente en lo tocante á las bellas artes el Renacimiento abandonaba sus preceptos y teorías estéticas, sino que además se introducía en todo el órden, la regularidad, el método, como si quisieran desterrarse los ca-



prichos y fantasías del arte que constituyen uno de sus principales timbres de belleza. El siglo décimosexto se había distinguido por esa potente originalidad que crea prescindiendo las mas de las veces de las reglas y leyes minuciosas del artesano, adoptando ante todo los grandes principios del genio atrevido cuando crea. Pero el siglo siguiente comenzaba, como hemos indicado, estableciendo el sistema para todo; y así había de suceder también con la literatura. Mas en esto, por mas que en su orgullo mal entendido algunos autores franceses no quieran confesarlo, ni siquiera indicarlo, Francia tomó de nuestros literatos españoles la norma que habían de seguir, como se adoptó casi en todo, los estilos, usos y costumbres de nuestra patria.

Veamos lo que sobre la literatura de aquel tiempo nos dice el reputadísimo escritor J. Demogeot (1).

«Es evidente que la reforma de Ronsard y de la Pléyade no era definitiva. Era un esfuerzo violento que sucedía á una extrema lentitud: la revolucion había traspasado el límite sin alcanzarlo. Faltábale un moderador y tuvo dos, Regnier y Malherbe, ambos dotados de un talento original, grandes escritores los dos, tan buen poeta el uno, como el otro buen gramático, y ambos reformadores, el uno por instinto y el otro por sistema. Ni uno ni otro tuvieron plena conciencia de su obra; Regnier creyó defender á Ronsard por adhesión á su tío Desportes; y en realidad defendió y reprodujo á Marot, cuyas maneras libres poseía con mucha energía y calor. Malherbe creyó arruinar la escuela de la Pléyade y sus innovaciones greco-latinas, y aseguró el éxito reformándola. En vano censuró todo el Ronsard; pues no por ello dejó de cumplir todo lo que Ronsard había deseado con tantas veras, y dió al idioma vulgar toda la nobleza de las lenguas antiguas.

«Regnier por inspiración verdadera, afectó grande indiferencia, abandonóse á la buena ley natural, acudió á lo sencillo, á lo verdadero,

(1) Historia de la Literatura francesa, desde sus orígenes hasta nuestros días.

y entró sin saberlo en la antigua escuela gala, que enriqueció siempre con excelentes imitaciones. Siguió con ingenio el excelente precepto de du Bellay, «se transformó en los mejores autores, y después de haberlos digerido, los convirtió en propia sangre y alimento.» Fué el primero en Francia que escribió sátiras verdaderas á imitación de Horacio y de los poetas berneses. Pero su imitación no era el calco servil imaginado por la Pléyade, sino la fecunda emulación, la poderosa rivalidad del talento. Es verdad que Regnier,

Su maledicencia amolda  
A la antigua y llana usanza;

pero lo ridículo y defectoso que nos representa nada tienen de latin; no son los que corresponden á los contemporáneos de Augusto, sino á los del tiempo de Enrique IV.

¿No conocéis á ese aguilucho  
De penacho en el sombrero,  
Retorciéndose el bigote;

y á ese mal poeta, que seducido por los aplausos de Desportes y de Bertaud,

Meditando un soneto,  
Medita un obispado?

Luego nos retrata al discípulo de Bartolo, que,

Con la corneta al cuello  
Y de pié en el estrado,  
A diestro y á siniestro  
Su charla vende osado;

ó bien al médico que recibe una buena moneda al terminar su consulta, y

Dice cerrando la mano:  
¡Oh! ¡si no era menester!

«En medio de esas esquisitas frivolidades se halla una verdadera obra maestra, *Macette*, la vieja hipócrita. Ya en el siglo XIII, Juan de Meung había bosquejado el Falso Semblante; bien pronto en el siglo décimoséptimo Moliere creará el *Tartufo* ó sea el Gazmoño. Pa-



rece que la poesía francesa haya sido siempre feliz en este punto; porque como

Por decreto divino odia al hipócrita.

«Dejando aparte este admirable cuadro de

decirse de él que se divierte y chancea en torno del corazón humano. Su poesía nada tiene de profundo y filosófico; porque tales son los inocentes juegos de la sátira: así le juzgaron sus contemporáneos. Ese predecesor de Boi-



EL PENACHO QUE VEIS EN MI ALMETE OS SERVIRÁ DE BANDERA, DIJO ENRIQUE.

*Macette*, en que falta todavía la verosimilitud y vida del diálogo, es preciso convenir en que el pincel de Regnier se para voluntariamente en la exterioridad de las cosas. Puede

leau era para ellos *el buen Regnier*; y él mismo nos explica aunque con demasiada modestia, esta calificación en los siguientes ó parecidos términos:



Y el nombre de *bueno* me reprochan  
Porque el valor no tengo de ser *malo*.

«No es ciertamente el ánimo lo que falta á Regnier, ni jovialidad, ni númen; pero es artista antes que moralista, y se ocupa mas de la pintura que de la enseñanza. Su mas bella creacion es su estilo; de lo cual le han hecho un bello y justo elogio comparándole con Montaigne. «Regnier es en efecto el Montaigne de nuestra poesía. Él tambien, sin ánimo de pensar en ello, se ha creado una lengua propia, de buen sentido é ingenio, que, sin regla fija, sin docta vocacion, sale como de tierra á cada nuevo paso del pensamiento, y se mantiene firme sostenida con solo el aliento que la anima. Los arranques de esa inspirada lengua nada tienen de solemne y reflejado; en su irregularidad natural, en su picante viveza, se parece á los sonidos de la voz, á los rápidos gestos de un hombre franco y apasionado que se ahoga conversando. Las imágenes del discurso chispeante, de colores mas vivos que finos, mas agudos que matizados, se cierran y chocan entre sí. El autor pinta siempre, y algunas veces, por falta de cosa mejor, pinta con escoria y lodo. Con una trivialidad feliz algunas veces, toma al pueblo sus proverbios para hacer de ellos una poesía, y le envia en cambio esos versos nacidos proverbios, moneadas de buena ley, en que se reconoce todavía, despues de dos siglos, la huella de aquel que los ha acuñado.»

«El talento de Malherbe tiene un carácter del todo diferente. Menos ingenioso que docto, menos fecundo que juicioso, toda su invencion consiste en escoger bien, y toda su riqueza en ostentarse á propósito. Mas bien crítico que artista, á los cuarenta y cinco años empieza su carrera; su obra es mas bien un código que un poema, y como todo legislador, se aficiona principalmente á lo que se debe evitar. Así como los jefes de los estoicos, toma por divisa: *abstente*. Se enorgullece de que le llamen el tirano de las palabras y silabas. El culto de la lengua es su religion y la predica, aun en el lecho de muerte, á su enfer-

mero. Malherbe es severo en sus preceptos. Proscribe en verso el *hiato* sin circunstancias atenuantes, prohibe para siempre la *suspension*; coloca la *cesura* en el sexto pié del alejandrino, como un centinela impasible, y rechaza desdeñosamente las rimas demasiado fáciles; *nada trasciende mas á gran poeta* que rimar difícilmente. No quiere que en adelante haya mas licencia en poesía, ni inversiones atrevidas; los versos bien hechos serán *bellos como la prosa*. La gloria de Malherbe consiste en haber sido el primero en Francia en conocer el valer y la teoría del estilo, en haber hecho á sabiendas lo que Regnier ejecutaba por instinto. Si procedió principalmente por negacion, es porque su época, no menos que su ingenio, le hacian de ello una necesidad. La riqueza estaba en la poesía, no faltaba mas que el orden, su segunda riqueza. Malherbe inventó el gusto, que sin duda fue creacion suya. De las memorias confusas que habian acumulado sus antecesores, formó una lengua noble por eleccion y exclusion. El principio que presidió á esa eleccion atestigua su alta inteligencia en la verdadera naturaleza de las lenguas; repudió igualmente la corte y el colegio, la moda y la erudicion, y tomó por guia el instinto del pueblo de París. «Los que le pedian su parecer sobre algunas palabras francesas, los enviaba ordinariamente á los mozos de cordel de porte súcio, diciendo que ellos eran sus maestros en la lengua.» Rechazó igualmente todos los dialectos admitidos con demasiada indulgencia por Ronsard. La lengua, así como la monarquía caminaba á grandes pasos hácia la unidad. Al precepto supo unir el ejemplo, y el carácter de su talento se adaptó maravillosamente á las exigencias de la razon. Poeta poco fecundo, pero correcto y laborioso, se le vió gastar media resma de papel para hacer y deshacer una estrofa. Se ha calculado que durante los once años mas fecundos de la vida, no compuso, por término medio, mas que treinta versos al año. Esa sobriedad de composicion, ese respeto del lector y de las leyes del estilo, esa alta idea de las dificultades del arte, era en el siglo déci-



mosexto cosa enteramente desconocida. Pero en cambio ¡qué gozo se siente en dejar á Ronsard, Dubartas, d'Aubigné y aun al mismo Regnier, y encontrar de repente versos que se creieran compuestos de ayer, pues tanto han conservado su frescura y pureza! Malherbe tiene como título de gloria, el haber adivinado la lengua de sus descendientes, ó bien haberles impuesto la ciencia. Ha hecho algo mejor que estrofas ó sonetos, pues ha acordado el instrumento de la alta poesía y ha hecho posibles á Corneille, Boileau y Racine...

«La primera mitad de nuestro gran siglo parece ante todo ser enteramente española. La influencia literaria de España sobrevivía á su poder político, lo cual era el eco de su gloria. En tiempo de Carlos Quinto, la monarquía católica, saliendo de su península, habia batido con sus flotas todas nuestras fronteras; bajo el reinado de Felipe II habia por un momento, con apoyo de la Liga, invadido hasta el corazon de Francia. España habia presidido nuestros estados generales en la persona de sus embajadores. Enrique IV rechazó el torrente; volvió la Francia á su cauce habitual, por lo que vino á ser el mas popular de nuestros reyes. La obra de nuestros grandes escritores del siglo decimoséptimo fue análoga; hallaron el ánimo francés sumergido en las ideas españolas.»

Este autor parece no querer confesar llanamente la influencia omnimoda que España ejerció en Francia, lo mismo que en casi toda la Europa civilizada; pero dudar no cabe de esa influencia que se dejó sentir no sólo en la literatura sino tambien en las modas, en las ideas, trajes, usos, costumbres, adoptándose en fin todo cuanto era propio de los españoles. A tanto llegó esa influencia, que en Francia hubo épocas en que no era un caballero bien educado ni persona de gran mundo, el que no sabia cuando menos esclamar con algunas interjecciones bien pronunciadas, tales como ¡pardiez! ¡por Dios! ¡Jesús señor! ú otras frases puestas en boca por los guerreros españoles como *hay para morir de risa, en mi conciencia*, y otras.

10.—Enrique IV ora fuese por su carácter llano y sencillo aunque firme y enérgico, ora por mostrar verdadera solicitud en pro de sus súbditos, fue adquiriendo desde su triunfo definitivo y entrada en París una popularidad que en vez de amenguar con el tiempo como suele suceder en la mayor parte de ellas, adquiridas casi siempre á puro de halagar á las masas, fue acreciendo por dias. Y en realidad las notables dotes de su alma borrraban otras flaquezas que el pueblo le perdonaba fácilmente; porque este no queria tener presente mas que Enrique era un rey, un padre que aseguraba un asilo al inválido ó al soldado estropeado en la guerra, que prometia al aldeano *echar en el puchero una gallina cada domingo*, y que contestaba á un embajador asombrado del bienestar y prosperidad del reino que pocos años antes se veia tan azotado por el hambre y la miseria: «Eso era porque entonces el padre de la familia no estaba en casa; pero hoy que puede ver y cuidar á sus hijos, todo prospera.»

Mas aquí diremos que si los pequeños le adoraban con una especie de idolatría, los grandes no estaban muy contentos de él, y hasta algunos le odiaban con toda la fuerza de las malas pasiones. Enrique tenia muchos defectos que le hacian indigno de reinar á los ojos de muchos señores; pero la mayor parte de esos le aborrecian porque destruía sus planes políticos y contrariaba sagazmente sus deseos ambiciosos. Así era que si algunos le perdonaban por sus tratos ilegítimos con algunas damas y por sus hijos naturales, otros no podían mirar con buenos ojos el favor político que gozaba Gabriela d'Estrées, á la cual concediera el ducado de Beaufort, ó el que gozaba Enriqueta de Entraigues, á quien nombró marquesa de Verneuil. Por otra parte, algunos explotaban los celos de la esposa legítima, produciéndose á veces tales disgustos y altercados, que mas de una vez Sully tuvo que dejar los negocios de su ministerio para intervenir y aplacarlos.

El descontento que al principio se traducía en murmuraciones y críticas severas, dege-



neró luego en violentos deseos de satisfacer su ambicion en unos, y en afan de gobernar en otros que fueron los primeros en echarse en perder la Brescia, y España que todavía contaba un partido numeroso en la corte de Francia, alentaron la rebelion francesa escitando



ENRIQUE IV EN AUMALE (MARZO DE 1592).

brazos de las conspiraciones para ver de apagar su ardiente sed. La principal de esas fué sin disputa la del mariscal Biron en la cual representaron gran papel las influencias é intrigas extranjeras. El duque de Saboya, temeroso de á los nobles que habiendo visto á su rey en tan pobre condicion, no podian obedecerle sin cierta repugnancia; porque para ellos habria sido menester un rey rodeado de toda magnificencia desde la cuna, y muy distinta por



cierto habia sido la fortuna de Enrique de Navarra hasta su elevacion al trono francés.

Tramóse, pues, la conspiracion que se pro-

soberanía ó proteccion del monarca de España. Prometiósese á los hugonotes para hacerles entrar en la conspiracion que se les daría el



APREHENSION Y SUPLICIO DE BRISSON, AHORCADO EN LA CÁMARA DEL CONSEJO.

ponia nada menos que echar del trono á Enrique IV; constituir el país como en tiempo de Carlos VI, en que los gobernadores eran los únicos señores en sus dominios, y aceptar la

TOMO II.

Delfinado y otras provincias del Oeste. Pero ellos desconfiaron de sus acérrimos adversarios, temiendo no sin fundamento que una vez conseguido el triunfo, los pondrían en peo-



res condiciones que en la actualidad, y permanecieron tranquilos. Biron, sin embargo de haber sido elevado á mariscal, duque, par del reino y gobernador de Borgoña, encontraría esa recompensa inferior á sus servicios y se dejó seducir por las promesas de los conspiradores. Los planes de estos fracasaron (1601), y Enrique hubiera perdonado por primera y segunda vez á Biron, si este hubiese querido hacer las revelaciones que le pedia. Irritado de tal obstinacion y queriendo dar un ejemplar castigo para contener á la nobleza en sus deberes, Enrique dejó ejecutar la sentencia de Biron el cual fué decapitado en 1602. El duque de Bouillon, antiguo amigo del rey, estaba complicado en la conspiracion; pero pudo salvarse por haber escapado á tiempo. No sucedió así con el padre y el hermano de Enrique de Entraigues, que dos años despues intrigaron con España contra Enrique; pues una vez probado su crimen de alta traicion, fueron sentenciados á muerte, y la manceba del rey que tambien habia tomado activa parte en la intriga, obtuvo una conmutacion de pena, sin duda porque á Enrique le quedaria en el fondo de su corazon un resto del cariño que ilegítimamente le profesara.

11.—El encono entre el rey de Francia y el de España no habia podido extinguirse todavía, y eso habia de ser cuando tan recientes eran las batallas que una y otra nacion se habian dado; y no contento Enrique con la decadencia de España por haber querido Carlos Quinto y Felipe II llevar á cima un plan descabellado que no tenia posible realizacion por los medios que emplearon, queria humillar mas y mas á la casa de Austria destruyendo su prepotencia en Europa. Mas si bien es verdad que España habia perdido gran parte de su poderío militar en fuerza de haber luchado en todas partes y haberse necesariamente debilitado, conservaba todavía grande influencia que no hubiera aniquilado todo el poderío de Enrique IV. Y por lo tanto si los dos monarcas españoles citados se habian puesto en ridículo bajo cierto punto de vista, por haberse propuesto conseguir su omnipotencia en

Europa apoyándose en la defensa del catolicismo, mas ridículo fue el plan de Enrique en proponerse nada menos que dejar aislado y en la impotencia el trono de España.

Nada menos se proponia el Bearnés que arrojar la dominacion austriaca de los Países Bajos, Italia y Alemania; hacer de Hungría, aumentada con las provincias austriacas, un reino poderoso capaz de tener á raya á los turcos ó arrojarlos para siempre al Asia; dar la Lombardia al duque de Saboya y la Sicilia á Venecia; constituir toda la península italiana en un solo cuerpo de nacion mandado por el Papa; formar de Génova y Florencia con los pequeños señoríos colindantes una sola república, y formar otra de los Países Bajos; estender la confederacion Helvética hasta el Tirolo, y dejar la Alemania en imperio electivo. De esta suerte Europa con sus seis reinos hereditarios España, Francia, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Lombardía; con sus cinco dominios electivos Polonia, Hungría, Bohemia, el Imperio y el Pontificado, y con sus cuatro repúblicas de Venecia, Génova-Florencia, Suiza y Países Bajos, habria debido formar una grande confederacion representada por un consejo supremo de diputados de las diferentes naciones, el cual habria tenido por objeto evitar las injusticias y las colisiones.

El plan, como se ve, en el fondo es digno de alabanza, porque con él se habria conseguido pacificar para siempre la Europa, y en una palabra el derecho habria reemplazado á la fuerza, consiguiéndose de rechazo el completo respeto de las nacionalidades que entonces cambiaban á medida de los sucesos. Pero no era Enrique IV un genio bastante poderoso para dominar las grandes dificultades que se oponian á un plan tan vasto como desconcertado, atendida la situacion diplomática de Europa.

Además, no podia en modo alguno cumplir con tal empeño; lo que solamente habria podido realizar lo demuestran los elementos con que contaba. Tenia en primer lugar alianza con la Inglaterra, cuya reina Isabel vivió hasta 1603, época de su muerte, en la mejor



inteligencia con Francia: contaba en segundo lugar con la casa de Saboya que mas diplomática que muchos soberanos de su tiempo, se hacia del partido que mas servicios podia prestar á su desmedida ambicion. Enrique habia puesto á disposicion del duque de Saboya los 15,000 hombres de Lesdiguières, acampados exprefeso en el Delfinado, para ayudar al saboyano á procurarse un reino en la Lombardia. Además contaba Enrique con los protestantes de los Países Bajos, que la tiranía de España habia hecho resistir desesperadamente contra los españoles, y tambien con los de Alemania que tenian formada ya la *Union Evangélica*, y uno de cuyos principales jefes Mauricio, landgrave de Hesse, fue á celebrar varias conferencias con el monarca francés. Y por último, este no se desdeñaba de estar en íntimas relaciones con los descontentos moriscos de España, á los cuales prometia librar del terror de la Inquisicion.

Solo faltaba encenderse una chispa que diese fuego á la conflagracion general, y esa chispa la proporcionó la muerte del duque de Cleves y Juliers que «dejó por heredero á todos.» Protestantes y católicos se disputaron aquella pingüe herencia, lo cual en realidad no fue mas que un pretexto para intervenir y comenzar la guerra que el odio reciente de ambos partidos políticos del Imperio hacia tan inevitable como terrible. Hiciéronse los preparativos y se indicaron á los ejércitos los puntos de reunion: 40,000 franceses con formidable artillería avanzaban hácia las fronteras de la Champaña, y todos demostraban la mas viva impaciencia de venir á las manos para decidir con la victoria el triunfo de España ó el de Francia, cuando el jefe á quien aguardaban los enemigos de la corona española fué víctima de un crimen espantoso que por fortuna los franceses no pueden achacar á escitacion ó complicidad de nuestra España, por mas que algun autor con torpe desenfado haya querido echarnos indirectamente en cara tal padron de ignominia. Tal crimen fue perpetrado por un francés y si cómplices tuvo, no fueron españoles, ni siquiera españolizados

de los que entonces abundaban en Francia y mayormente en la corte.

12.—La envidia, los celos, el rencor que sentia contra España fueron la causa inocente de la muerte de Enrique IV; y si nadie hasta hoy, á lo menos que sepamos, se ha atrevido á decirlo, nosotros lo proclamamos muy alto; y vamos á probar nuestro aserto con algunas observaciones que no dejarán la menor duda en el ánimo de nuestros lectores. El odio, el rencor, los celos de Enrique de Navarra contra España le empeñaron en mal hora en aliarse con los protestantes, los moros y los turcos, porque eran los enemigos mas fervientes del catolicismo, y por lo tanto de España que se habia proclamado defensora del mismo. Eso no podian mirarlo con paciencia los franceses *de religiosos sentimientos* que habian creido que al convertirse su monarca al catolicismo procuraria proteger y fomentar esa religion.

El año 1600 Enrique habia arrancado del Papa el consentimiento para divorciarse de Margarita de Valois y casarse con la sobrina del mismo sumo pontífice, la cual si no le traia en dote un corazon franco y leal, la hermosura de la juventud ni el talento, en cambio le aportó una suma de dinero que habria sido muy difícil hallar á la sazón (1). Eso unido á la escandalosa conducta que observaba con sus mancebas, á quienes no se ocultaba de proteger y enaltecer, lo mismo que á los parientes y familias de ellas, tampoco podia tolerarse con resignacion y paciencia, porque para muchos significaba el indicio evidente de la inmoralidad y de la irreligion del rey, por mas que en otros se habria podido considerar como una licencia de la corrupcion de costumbres de aquel tiempo.

En suma, la conducta de Enrique IV era para hacer comprender á cualquier espíritu exaltado por el principio religioso, á cualquier fanático, si se quiere dar ese epíteto, que el rey de Francia era el enemigo mas irreconciliable de la religion católica, y por ende no faltó un hombre que poseido de esa

(1) 600,000 escudos de oro que equivaldrian á unos quince millones de pesetas de nuestra actual moneda.



idea, se propusiera asesinarle para echar del mundo al adversario del catolicismo, no para secundar las miras de España. Y ¿qué otra cosa podían concebir los que teniendo arraigado el catolicismo en su alma veían á Enrique aliarse con todos los enemigos mas declarados de su religion para destruir la preponderancia del monarca español, á quien todos proclamaban campeón y sosten del catolicismo en Europa? Francisco Ravailac, pues, poseído de ese fanatismo que nadie ni nada puede dispensar ni siquiera paliar, se propuso ser el instrumento de la justicia divina en la tierra, no el brazo asesino comprado por un rival. Ravailac fue asesino, fue regicida, no porque fuera religioso, sino porque exaltándose hasta el paroxismo, padecía la enfermedad de la religion, si se nos permite la frase; fué en fin un loco que asesinó á un envidioso, el cual con su envidia afiló el puñal en las manos del otro.

Hallar enfermos como Ravailac no es tan difícil como parece, porque en todas épocas los hay; y la prueba mas eficaz de lo que aquí sostenemos está en que si pudiera achacarse á España la complicidad del regicidio de Enrique de Navarra, se habría probado hasta la evidencia con los diez y nueve conatos de regicidio de que se vió amenazado aquel rey y de los que por fortuna pudo librarse. Medítense esa prueba, aun á falta de otras, y por mas consideraciones que se hagan no podrá inferirse sino que Enrique IV fué víctima de sus apariencias de irreligion, de sus celos contra el monarca español, lo cual le obligó á fingir y aparentar lo que tal vez no era.

Prosigamos ahora nuestro relato. El rey tenía ciertos recelos al ver que tantas veces habían atentado contra su vida sus propios vasallos. Al disponerse á partir para la guerra, cedió á las instancias de la reina María de Médicis que pedía ser consagrada para regentar en caso necesario. Despues de la ceremonia decia Enrique á Sully: «¡Ay, amigo, cuanto me disgusta y repugna esta consagracion! ¡Oh! ¡maldita consagracion, tu serás la causa de mi muerte! Moriré en esta ciudad, de don-

de no saldré ya; me matarán; pues comprendo que no tienen otro remedio para librarse del peligro que les rodea, sino mi muerte! (1)» Salió de la ceremonia sin que tales ideas le dejaran un momento libre el pensamiento. «Vosotros no me conocéis, dijo á varios señores de su séquito; pero uno de estos dias moriré y cuando me hayais perdido, comprenderéis lo que yo valia y la diferencia que hay de mí á los otros hombres.»

Todas esas palabras que nosotros ponemos en la categoría de la leyenda, como otras que vamos á transcribir, porque para nosotros el porvenir siempre estará cubierto con impenetrable velo, y por que solamente suele creer en él el que menos convicción y fe tiene, no las vemos confirmadas por documentos y testimonios irrefutables; mas sea de ello lo que quiera, dicen que el dia 14 de mayo su hijo Vendome le dijo que segun vaticinaban los astrólogos, aquel dia le seria funesto. Afectó el rey sonreír; mas no obstante se apoderó de él la mayor turbacion sin poderse ocupar en nada ni siquiera conciliar el sueño. «Vuestra Majestad podría salir, le dijo un guarda; el tomar el aire le esparciria el ánimo.—Tienes razon; que preparen mi carroza.» Subió con los duques de Sperron y de Montbazon y otros cinco nobles, sin mas escolta que algunos señores que le siguieron á caballo y algunos pages y criados de palacio. Al pasar por la calle de San Honorato varios carruajes detenidos entretuvieron el paso de la carroza; Ravailac que le habia seguido á pié desde el Louvre, subió en aquel momento á un estribo lateral de la carroza y dió una puñalada al rey. Este exclamó: «¡estoy herido!» á la vez que levantaba el brazo y descubria así el costado izquierdo: el asesino asestó otro golpe al corazon que acababa de descubrir Enrique, y este, con el corazon atravesado, espiró sin pronunciar una palabra mas.

La fatal noticia se difundió por París con

(1) Esas palabras han dado pié á que algunos autores supongan que Enrique temia morir á manos del puñal comprado por sus adversarios. Pero á mas de que esa interpretacion atribuye demasiado orgullo á Enrique, creyéndose tan poderoso é importante, ya hemos probado la verdadera causa de dicho crimen.



la velocidad del rayo; pero dejemos á otro escritor contemporáneo describir el efecto que produjo ese regicidio:

«Cuando la voz de este accidente tan trágico, dice, cundió en todo Paris, y cuando

horribles calamidades de las guerras pasadas, compadecian las desgracias de la Francia, y decian que el funesto golpe que habia atravesado el corazon del rey cortaba la garganta á todos los franceses. Se cuenta que á muchos



ENRIQUE CASTIGA Á MAYENNE HACIÉNDOLE PASEAR DEMASIADO APRISA.

se supo con certeza que el rey al cual no se suponía mas que herido habia muerto, la mezcla de esperanza y temor que tenia suspensa á esta ciudad prorumpia en altos gritos y en furiosos gemidos. Los unos se quedaban inmóviles y pasmados de dolor, los otros corrían por las calles sin saber á donde iban, otros abrazaban á sus amigos sin decirse sino ¡qué desgracia! Algunos se encerraban en sus casas, otros se echaban por tierra; veíanse algunas mujeres desgredadas, dando ahullidos y lamentándose; los padres decían á sus hijos: ¿QUÉ SERÁ DE VOSOTROS, HIJOS MÍOS? ¡HABEIS PERDIDO Á VUESTRO PADRE! los que mas temían el porvenir, y que se acordaban de las

hizo una impresion tan viva, que murieron en el acto, ó algunos dias despues. Finalmente, no parecia que el luto fuese por la muerte de un solo hombre, sino por la mitad del linage humano; dijérase que cada cual con la muerte de este gran rey habia perdido toda su familia, todos sus bienes y todas sus esperanzas (1).»

Ravaillac ni siquiera pretendió escapar: gran trabajo costó impedir que el pueblo lo despedazara en el mismo lugar de la escena ó por el camino al llevarlo á la cárcel, que perentoriamente lo fué el palacio de Retz que

(1) Historia de Enrique IV por Ardouin de Perfixe.

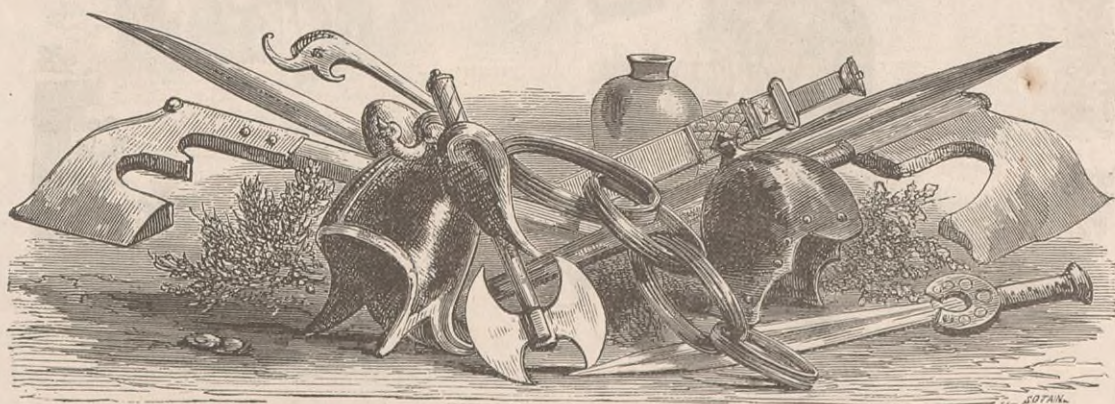


estaba cerca de allí, y donde permaneció nueve días como si los jueces hubiesen perdonado ú olvidado su crimen. Pero el parlamento reclamó en seguida el pronto fallo del proceso, y Ravaillac fué condenado el día 27 de mayo á ser atenaceado en los pechos y en los miembros, derramando luego plomo derretido y agua hirviendo en las heridas causadas por la carne arrancada; á quemarle la muñeca derecha con fuego de azufre, y á ser luego descuartizado y, reducidos á cenizas sus restos, arrojados al viento. El descuartizamiento, dice el proceso, duró una buena hora, y el pueblo enfurecido se habia apresurado á tirar de las cuerdas que sujetaban los miembros del paciente.

13. — Los franceses que á la sazón no sabian sino imitar todo lo que era español, nos habian tomado tambien las representaciones de misterios y actos, las cuales tenian efecto

en las calles y parajes públicos. En 1609 se expidió á los comediantes de las dos compañías que existian en tal fecha en París, una ordenanza que les mandaba representar las piezas desde las dos hasta las cuatro y media de la tarde, porque mas adelante ya no se podia ir con seguridad por las calles, y los que salian de los corrales (hoy teatros) se veian espuestos á varios peligros. Entonces no habia en la populosa corte de Francia ningun farol que alumbrase las calles; y en cambio los pisos se encontraban atestados de lodo y basura y de rateros y ladrones. El año 1634 no contaba toda la ciudad mas que doscientos cuarenta arqueros para la policia, vigilando lá una mitad de dia y la otra de noche.

Por aquel tiempo importó en Francia el médico y botánico Robin la acacia de América, que algunos pretendieron llamar *robinero*.



## CAPÍTULO II.

### LUIS XIII.

1. Regencia de María de Médicis. — 2. La política de Enrique IV sustituida por la de Concini. — 3. Primera revuelta de los nobles. — 4. Estados generales de 1614. — 5. Otra revuelta de los nobles y tratado de Loudun. — 6. Primer ministerio de Richelieu. Prision de Condé. — 7. Muerte de Concini. — 8. Gobierno de Alberto de Luynes. Conatos de guerra. — 9. Organización democrática de los protestantes. — 10. Guerra con los protestantes y muerte de Alberto de Luynes. — 11. Desorden completo de la nación. — Segundo ministerio de Richelieu y sus proyectos. — 13. Primeros actos de Richelieu y nueva guerra con los protestantes. — 14. Vencimiento de los protestantes y toma de la Rochela. Edicto de Alais. — 15. Abatimiento de los nobles: jornada de Dupes: suplicio de Montmorency: el conde de Soissons: Cinq-Mars.

1. — Ya hemos visto la narracion que del asesinato de Enrique IV hizo Arduin de Perrefixe en su historia de este monarca; mas si bien no hemos replicado nada contra sus exageraciones que tal vez dispensamos por el in-

terés que nos inspiran siempre los hechos ocurridos en nuestra vida y mayormente en la infancia, no podríamos admitir muchos de los conceptos espresados por algunos autores que han estudiado ese período histórico. Pero no



siendo nuestro ánimo entrar en refutaciones y polémicas que nos apartarian demasiado de nuestro objeto, diremos ahora al tomar de nuevo el hilo de la narracion, que la muerte de Enrique IV no tuvo la importancia que se le ha querido dar. No ponemos en duda las palabras de Sully al saber tal noticia, ni tampoco las de muchas otras personas de la corte; porque es evidente y obvio que los palaciegos harán siempre grande ruido cuando suceda á su amo un accidente desgraciado.

Ahora bien, al correr por la capital la noticia de la muerte de Enrique IV, Sully se aguardaba en el Arsenal para recibir órdenes de su rey. La primera nueva que tuvo fue la que le dió un hidalgo de la corte, quien á todo correr fué á decirle que el rey se hallaba mortalmente herido. Sully entonces exclamó: «¡Dios mio! tened compasion de él, de nosotros y de la nacion; porque si él muere, Francia va á pasar á manos extranjeras.» Encerróse en seguida en la Bastilla y escribió al duque de Rohan, yerno suyo, que volviese de la Champagne con toda rapidez llevándose los seis mil suizos que tenia á su mando. Mas cuando supo que el rey habia dejado de existir, no tuvo otro objeto que someterse á la fuerza de las circunstancias, proponiéndose respetar el gobierno que resultase legítimo.

El heredero de Enrique de Navarra no contaba mas que la edad de nueve años, cuando se vió destinado á empuñar el cetro de una nacion tan importante: la costumbre habia hecho que las madres de los reyes de menor edad se encargasen de la regencia; pero María de Médicis que si no era mujer de talento, era asaz astuta para conocer que en Francia nadie le profesaba cariño, consideró conveniente antes de hacerse nombrar regente, dar á su autoridad una especie de sancion legal, que dadas las atribuciones de los poderes á la sazón constituidos, no podia en verdad encontrar en parte alguna, ó en otros términos, no habia entonces poder que tuviese la facultad de sancionar la regencia de la reina madre.

Esta quiso tener, pues, la aprobacion, que ella creeria sancion, del parlamento de París

como representante del país; pero el encargado de hacer la proposicion al parlamento, el duque de Epernon, entró en el salon de debates, con la espada al cinto, despues de haber dejado sus soldados á la puerta del edificio. «Esta espada, dijo con altanería, está todavía envainada; pero si no declarais al momento regente á la reina, veo que será menester desenvainarla.» Los representantes despues de deliberar obedecieron, si bien abriéndose en los anales de aquella corporacion una página al derecho de disponer del poder supremo, la cual mas tarde se habia de alegar y hacer valer.

Si bien del reinado de Enrique IV al de su hijo Luis hay la inmensa diferencia que luego veremos, al principio no se cambió nada del sistema político de Francia. Mas para comprenderse en toda su estension el rápido y desastroso cambio que sufrió la nacion vecina, será bueno detenernos algo estensamente en los actos mas importantes del reinado de Enrique IV para entrar luego á estudiar con mas conocimiento el mencionado cambio que el escritor francés Saint Prosper resume en los siguientes términos:

«Jamás sintió Francia cambio mas rápido ni funesto: á un soberano capaz, enérgico é ilustrado reemplazó una mujer orgullosa, áspera y mañera. Devorada por la sed de mando, era incapaz de dirigir por sí propia cosa alguna y obedecia ciegamente la voluntad de una favorita, Leonor Galigai, casada con Concini, que habia acompañado á Francia á la reina María de Médicis. Vióse á este caballero florentino elevado sin haber tomado parte en ninguna batalla á la dignidad de mariscal de Francia, y á dispensador de todos los favores de la corte, si bien que en esto último de acuerdo con su esposa.»

Ahora bien, no entraremos en pormenores sobre los hechos políticos y militares de Enrique IV, porque el lector los tendrá presente por poca atencion que haya prestado al relato que llevamos hecho; pero en la necesidad de demostrar plenamente el estado de Francia en tiempo de dicho monarca, comenzaremos di-



ciendo que Enrique de Navarra habia arrojado del suelo francés á los enemigos que mas poderosamente habian disputado su derecho á la corona de Francia. Al propio tiempo habia puesto en paz á los católicos con los protestantes de su patria, y por último habia introducido alguna tranquilidad en el interior, en las fronteras y en cuantos puntos dominaba la nacion vecina.

No obstante las ventajas tan notables que acabamos de indicar, faltábale á Enrique IV curar á su pueblo de los males que habian producido las perpétuas guerras; en una palabra,

desórdenes habian quedado los talleres sin trabajo, el comercio interrumpido y la agricultura abandonada, al tiempo que las compañías de bandidos, tanto de los grandes como de los pequeños, acababan de destruir lo poco que subsistia. Hé aquí como se espresa la ordenanza de Blois de 1579: «Continuas quejas que tenemos contra varios señores de la nobleza y otras clases que mortifican á sus súbditos y á los habitantes de las llanuras con contribuciones en géneros ó granos, corveas ú otras vejaciones excesivas y con malos tratos.» Y cuando la guerra permanente y el des-



JAIME AUGUSTO DE THOU.

era menester remediar la miseria que el mismo rey describía con estas palabras: «No tengo casi un caballo para combatir, mis vestidos tienen los codos agujereados, y en mi puchero varias veces no hay mas que agua.» El país se encontraba en el mismo estado que su rey. Un autor contemporáneo decía que aproximadamente habian perecido desde 1580 mas de ochocientas mil personas á causa de las guerras y matanzas; que se habian arrasado nueve ciudades, incendiado ciento cincuenta pueblos grandes ó pequeños y arruinado mas de ciento veinte y ocho mil casas. Mas desde aquella fecha hasta la época de la Liga, que es el período á que nos referimos, ¡cuántas otras desgracias no presencié el pueblo francés!

Por otra parte, con motivo de los mismos

órden completo de la nacion permitió á cada señor hacerse rey de sus dominios, aquellas vejaciones se hicieron intolerables, hasta el punto de que en 1594 comenzó un bandolerismo desenfrenado que no respetaba nada de cuanto hallaba á su paso. Habíanse reunido pandillas numerosísimas de bandidos en el Lemosin, el Perigord, Querci y Agenois, formando un total de mas de treinta mil hombres. Por fortuna no se encontró un caudillo que se pusiera al frente de esas tropas desalmadas y que guiadas por una cabeza organizadora habrian señoreado probablemente el territorio francés. Mas no hallando ese jefe, tuvieron por último que dispersarse, no sin haber causado, empero, grandes males á dicho país.

Compréndase ahora de que clase de abismo



THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

For the purpose of this journal, the American Medical Association has established a committee on the part of the profession to investigate the conditions of the medical profession in this country. The committee has been organized and is now in the process of collecting data and information regarding the various phases of the medical profession. The committee is composed of representatives of the various branches of the medical profession, and its report will be published in the next issue of this journal.

Published weekly, except during the summer months.



## AVISO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE LA

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA.

---

Por causas ajenas á nuestra voluntad, debidas en gran parte á las circunstancias azarasas que atravesamos, puesto que por efecto de las malas comunicaciones se nos extravió una caja de láminas y grabados, tuvimos precision de interrumpir la publicacion de la *Historia general de Francia*. Pero esperando confiados en la indulgencia de nuestros favorecedores, podemos asegurarles que en adelante se continuarán los repartos con mas regularidad y rapidez que antes, porque se ha encargado de imprimirla y servirla á los numerosos suscritores la acreditada casa de D. Eusebio Riera de esta, la cual se ha distinguido siempre por una puntualidad poco comun. Tomando, pues, esa publicacion nueva marcha, no repararémos en sacrificios para complacer á nuestros muchos suscritores, de quienes serán atendidas todas las observaciones que se dignen hacernos relativamente al mejor servicio y adorno de la obra. Tambien podemos asegurar que los señores suscritores que prefieran recibir mayor número de entregas semanales podrán quedar complacidos, ya que dicho Sr. Riera se ha prestado gustoso á que tan pronto como se pueda, se impriman en su casa doble número de entregas, sin perjuicio de que los que no quieran mas que dos cada semana serán servidos como se anuncia en el prospecto de la misma obra.

*Francisco Nacente.*